



Primeros suscritores Sus Magestades y Altezas.

AÑO 2.

TOMO 2.º

NÚM. 40.

PRECIOS DE SUSCRICION.

En VALENCIA: Un mes, ó sean cuatro números, 6 rs.
Tres meses 18 rs. — Seis meses 54 rs. — Un
año 66 rs.

ADMINISTRACION:

Calle de Bonaire, 48, 2.º

Se publica todos los domingos.

Valencia 1.º Octubre 1865.

PRECIOS DE SUSCRICION.

En PROVINCIAS: Tres meses 24 rs. — Seis meses
42 rs. — Un año 80 rs. — Estrangero, Cuba y
Puerto-Rico, un año 6 pesos. — América y Asia,
8 á 15.

SUMARIO.

Viaje de la Real familia á las provincias Vascongadas, por D. Ramon Ortiz de Zárate. — Nueva-Westminster. — ¡Somos muy graciosos! por D. Jacinto Labaila. — A mi sobrina Emilia, (poesía) por D. Dámaso Delgado Lopez. — Un drama en alta mar: Novela original, por D. Salvador M. de Fábregues, (continuacion). — Templo de Augusto, en Tarragona, por D. Buenaventura Hernandez Sanahuja.

Láminas. Vista de Nueva-Westminster. — Iglesia de Nueva-Westminster. — El rio Fraser. — Antigüedades de Tarragona: Fragmentos del templo de Augusto.

VIAJE

de la Real familia á las Provincias Vascongadas.

Recibimiento y festejos en la provincia de Álava el 30 de Agosto, 12, 13, 14 y 15 de Setiembre de 1865.

I.

Al reseñar el tránsito de SS. MM. por la provincia de Alava en los dias 2 y 3 de Agosto, manifestamos que nuestra Diputacion general habia tenido la honra de acompañar á los egregios viajeros hasta la estacion de Zumarraga, en la provincia hermana de Guipúzcoa.

SS. MM. continuaron aquel dia su viaje á la villa de Zarauz, y allí permanecieron hasta el 30 de Agosto. Para este dia habian dispuesto su visita al señorío de Vizcaya é invicta villa de Bilbao, haciendo la expedicion por mar. Pero el temporal arreció en la costa Cantábrica, y á última hora hubo que abandonar aquel proyecto y disponer la expedicion por los ferro-carriles del Norte y de Tudela á Bilbao.

Eran las doce de la noche del 29 de Agosto, cuando se supo en Vitoria que á las ocho de la siguiente madrugada tomarian Sus Magestades y Altezas el tren real, en la estacion de Anduain. Precipitadamente dispusieron la Diputacion y el Gobernador de Alava salir á recibir á los augustos viajeros á los limites de Navarra, y acompañarlos hasta Bilbao. Verificóse así y el Sr. D. Vicente de Payueta, teniente diputado general, asociado de los Sres. D. Genaro de Echevarria y Fuertes y D. Ramon Ortiz de Zárate, padres de la provincia y diputados á Cortes, y el Gobernador civil D. Benito María de Vivanco, recibieron á SS. MM. en la estacion de Alsasua, donde los Sres. Vivanco y Payueta expresaron á aquellos, en breves y respetuosas frases, cuán profundamente sentian los leales alaveses las penas que aquejaban á la Real familia por la pérdida de S. A. el Infante Don Francisco de Paula.

Este cambio de viaje fue una verdadera sorpresa para la noble tierra de Alava, pues no habia tiempo de que sus hijos supieran siquiera el tránsito de sus Reyes. Esto no obstante, voló tan fausta noticia de monte en

monte y de valle en valle con velocidad eléctrica, y los habitantes de los caseríos, aldeas, villas y ciudad contiguas á las vias férreas, se agolparon á éstas y saludaron y festejaron dignamente á los preclaros huéspedes, con repiques de campanas, cohetes, tambores, músicas, discursos y entusiastas aclamaciones, distinguiéndose muy especialmente la villa de Salvatierra, la ciudad de Vitoria, los valles de Urcabustaiz y Llodio, en las estaciones de Izarra y Areta y el lugar de Amurrie.

II.

El dia 12 de Setiembre es un dia memorable y célebre para los vitorianos y alaveses, porque en esa fecha del año de 1483, antes de pisar las calles de Vitoria la Reina mas grande que nos recuerda la historia española, la ínclita Isabel I; la protectora de Colon, juró en el portal de Arriaga, respetar y hacer respetar los sacrosantos fueros, buenos usos y costumbres de esta provincia y ciudad. Coincidencia feliz, providencial, ha sido que la segunda Isabel haya llegado á Vitoria en igual dia que su ilustre predecesora. Desde el 12 de Setiembre de 1865 ha trascurrido 382 años. ¡Cuántas mudanzas, cuántos cambios, cuántos trastornos ha sufrido el mundo en tan largo plazo de tiempo! Una sola cosa parece inmutable, firme, incontestable á través de tantos siglos, y esta cosa es el amor que los alaveses profesan á sus instituciones patriarcales, á sus venerandos fueros, á sus santas libertades, y á sus Reyes y Señores que les respetan y cumplen los pactos del Campo de

Arriaga, confirmados por cuantos monarcas se han sentado en el trono de Castilla desde Alonso el XI hasta Isabel II.

Las dos Isabeles, las dos Reinas mas grandes que en España han imperado, abrazan un período de 382 años, y en toda esta muchedumbre de años, no se encuentran dos reinados mas gloriosos que los de las dos escelsas Señoras, únicas que en España han llevado nombre tan glorioso. Y para que haya paridad completa, las dos Isabeles honran con su presencia, en iguales fechas, la noble tierra alavesa, ambas respetan con idéntica religiosidad el capitulado de Alonso XI, las instituciones forales de las tres provincias Vascongadas.

Desde que se supo tan fausto suceso, y que venia á verificarse providencialmente, y sin que á nadie se le hubiese ocurrido que el 12 de Setiembre iba á celebrarse tan grandioso aniversario, lo miraron los alaveses como de buen agüero, y anhelaban ardientemente su cumplimiento. En la mañana de día tan célebre, salieron á recibir á SS. MM. en las fronteras navarras, el diputado general Excelentísimo Sr. D. Pedro de Egaña, con los Sres. Echevarría y Fuertes y Ortiz de Zárate, así como tambien el Gobernador de Alava señor Vivanco. Los Sres. Vivanco y Egaña ofrecieron los respetos de Alava á SS. MM., y el tren real partió de Alsua al anocheecer.

Era ya de noche al tocar el limite de Alava, y fue oscureciendo mas y mas hasta Vitoria. Esta circunstancia, lejos de quitar interés, dió nuevo encanto á los festejos de los leales alaveses, que en todos los pueblos del tránsito, y mas principalmente en Salvatierra, saludaron á los Reyes con singular alegría, y grandes demostraciones de afecto, formando el cuadro mas animado y encantador, el clamoreo de las campanas, cohetes y chupines, músicas, tamboriles y vítores y las variadas iluminaciones, desde el rico blandon de cera con cuatro mecheros hasta la humilde tea de paja que cubrian materialmente los dos lados de la via férrea. Segun el tren real se acercaba á la ciudad, crecian el encanto y la belleza de este gigantesco cuadro nocturno, y las torres de Vitoria, esplendientemente iluminadas, parecian infinitamente mas altas y esbeltas que á la luz del sol.

Estamos en la estacion de Vitoria, crecen el ruido, el estrépito y las luces. Todo anuncia un recibimiento magnífico. Las autoridades, entre las que el ayuntamiento hace los honores de la ciudad, reciben dignamente á los régios viajeros, y al subir éstos á sus coches, les sorprende agradablemente la marcha real cantada por los niños de las comparsas, que llevaban en sus manos ramos de verde laurel.

Las carreras hasta la Catedral primero, y luego al palacio de la Diputacion, están engalanadas, segun referimos al describir el viaje del 2 y 3 de Agosto. Decimos mal. Están doblemente engalanadas que entonces, y conservando toda la ornamentacion anterior, han recibido nuevos adornos con la infinita variedad de farolitos venecianos, que cuelgan de las orlas de las dos hileras de mástiles. El pueblo todo está resplandeciente, las siete torres, coronadas de los mozos de las cuadrillas y sus siete heraldos, los balcones y ventanas de las casas vistosamente colgadas é iluminadas, y las calles y las plazas intransitables por la muchedumbre que contienen.

Pónese en marcha la régia comitiva con las formalidades de costumbre: el ayuntamiento, con su banda de maceros, clarineros y atabaleros, camina á pié delante del coche de SS. MM. El pueblo prorrumpe en estrepitosos vivas y aclamaciones, y los cortesanos no ocultan la agradable sorpresa que les causa un recibimiento tan expansivo, animado, espléndido y bello, llegando á su colmo la sorpresa al contemplar la magnificencia de la plaza Nueva y plaza de Provincia, y el buen gusto

de las iluminaciones del palacio de la Capitanía general y cuartel de San Francisco. Dominados por tan arrebatador encanto se recorren las calles de San Antonio, plazas de la Union, Castilla, Nueva y de Bilbao, Cuesta de San Francisco y Cuchillería, hasta la Santa Iglesia Catedral, y luego al palacio de la Diputacion, donde fue recibida S. M. por el teniente diputado Sr. Payueta, padres de provincia y Junta particular, en medio de la ovacion mas ardiente que tributaba á los régios viajeros el pueblo que enchia la plaza de la Diputacion y calles inmediatas.

El salon de Juntas, abierto é iluminado, ofrecia un aspecto nuevo y hermoso, verdaderamente régio, luciendo sobre la puerta de entrada y frente al trono, la bandera toda roja que durante la terrible guerra de la *Independencia española*, sirvió de enseña y condujo á la victoria á los bizarros alaveses, á estos soldados que se distinguen siempre, tanto por su modestia y disciplina, como por su valor y sobriedad.

La provincia de Alava acaba de adquirir este precioso trofeo militar, gracias á la generosidad del coronel D. Sebastian Fernandez, jefe de los voluntarios tercios alaveses en la guerra contra Napoleon. El coronel Fernandez, conocido en las montañas vasco-navarras por el nombre de *dos pelos*, fue uno de los mas distinguidos guerrilleros de su época. Segundo jefe del célebre Mina, asistió á los combates mas gloriosos de la lucha en favor de la *Independencia española*. En la batalla de 21 de Junio de 1813 en Vitoria, tomó una parte muy activa, y á su intrepidez se debió, en mucho, la derrota de los franceses. En toda aquella lucha heroica mandó los batallones alaveses, y en las banderas, como sucede en la que hemos indicado que perteneció al primer batallon, está escrito su apellido sobre el escudo de armas de esta provincia y debajo del elocuente lema *Vencer ó morir*. Despues de concluida la guerra de la *Independencia* continuó el Sr. Fernandez sirviendo en diferentes cuerpos del ejército con el empleo de teniente coronel. En 1820, ya coronel, abrazó la causa constitucional y obtuvo el mando de una columna, con la que persiguió, con grande éxito, á las partidas realistas que en Navarra se habian levantado, hasta que en 1822 fue hecho prisionero por aquellas, en los campos de Dicastillo y fusilado en los montes de Baciaicoa. Las Cortes del Reimo acordaron una mencion honorífica á la memoria del valiente y malogrado Fernandez, y concedieron una pension á sus hijas.

SS. MM. y AA. despues de pasar breves momentos en el salon de Juntas, se retiraron á sus habitaciones, de las que salieron para sentarse á la mesa, á la que convidaron á las Diputaciones y Gobernadores de Guipúzcoa y Alava, al Excmo. é Ilmo. señor Obispo de esta Diócesis, al alcalde de Vitoria y otras personas distinguidas. Durante la comida, las orquestas militar, de paisanos y de bandurrias, tocaron piezas escogidas, colocándose las bandurrias en la galeria interior, entre el gran comedor y la sala de café. Hubo tamboriles y bailes del pais en la plaza de la Diputacion, hasta las diez de la noche, y desde esta hora hasta que SS. MM. se retiraron á descansar, músicas y serenatas, cantándose un himno de los Sres. Guridi, un vals coreado por doce niñas, música del Sr. Echevarría, letra del Sr. García, alternadas con piezas de música, entre las que llamó la atencion una polaca obligada de lira, por D. Narciso García.

Durante la noche el público rogó á S. M. la Reina se dignara presentarse en el balcón y lo hizo acompañada del diputado general señor Egaña y del alcalde el Sr. Velasco, siendo saludada siempre con ardiente entusiasmo.

III.

Día 13.—Como este día era el en que

hacia un mes habia fallecido el augusto padre del Rey, ordenó la Reina que se suspendieran los fuegos artificiales, danzas y cualesquiera otros festejos que tuvieran el carácter de espectáculo público de alegría. En su consecuencia, se arregló el programa dejando en él solamente los actos de religion, beneficencia é instruccion pública, á que habian de concurrir los augustos viajeros.

A las dos de la tarde los cohetes, chupines, campanas, movimiento de gentes y voces de los dos heraldos de las cuadrillas 6.^a y 7.^a, anunciaron la salida de los Reyes de palacio, con direccion á la suntuosa tienda real que se habia levantado frente á la *Virgen Blanca*, en la plaza de Castilla. Precedian á SS. MM. las comparsas de niños, los mozos de las siete cuadrillas con sus heraldos, la Diputacion general, padres de provincia, Junta particular, consultores y ayuntamiento, llevando á su cabeza las dos bandas de provincia y ciudad de maceros, clarineros y atabaleros, caminando á pié todas las referidas corporaciones populares, y en coche los Reyes, Príncipes, Ministros y alta servidumbre.

Al llegar á la real tienda los niños de las escuelas entonaron la marcha real á voces, y colocados la Reina, el Rey, el Principe de Asturias, la Infanta Isabel, los Ministros, servidumbre y autoridades, dentro de la tienda real, se procedió á la adjudicacion de dotes á siete huérfanas pobres y honradas, y despues de un redoble de ambas bandas para imponer silencio, el secretario por ciudad y villas por la Junta particular, leyó en alta voz el acuerdo de provincia y ciudad, para dotar las siete huérfanas, en conmemoracion del viaje de nuestra Reina y Señora. Los heraldos llamaron á las dotadas de sus respectivas cuadrillas, las que recibieron, de manos de la Infanta Doña Isabel, los títulos de sus dotaciones, y en aquel momento solemne cada heraldo daba el grito de *viva* á cada una de las siete personas que constituyen la familia reinante en España. Estos *vivas*, así como otros infinitos lanzados por los espectadores, eran contestados unánimemente por el pueblo entero de Vitoria, encerrado en la plaza de Castilla, calles confluentes y balcones y ventanas de las casas.

Terminado este acto de caridad cristiana, que enaltece á la par al pueblo Alavés y á su Reina y Señora, se pasó en la forma antes indicada á la casa consistorial, por las calles de Postas, plaza de Bilbao y calle de San Francisco. En la puerta del consistorio esperaba el ayuntamiento presidido por su alcalde D. Ladislao Velasco, el cual en un discurso elocuente recordó á S. M. dos sucesos memorables acaecidos en esta ciudad el 19 de Abril de 1808 y el 21 de Junio de 1813, que sirven de prólogo y de epílogo á la grande epopeya popular de la guerra de la *Independencia española*. Contestó S. M., con benévolas frases, así al señor alcalde, como á las sentidas palabras que le dirigió el diputado general Sr. Egaña al presentarle el anciano Susaeta, y el pueblo que llenaba los espaciosos arcos y la calle, prorumpió en aclamaciones entusiastas, que siguieron oyéndose al través de la marcha real coreada mientras la Real familia subia á los salones del municipio. En el que el ayuntamiento celebra sus sesiones, presentó á los régios huéspedes, el alcalde, la bandera que en premio de la heroica defensa del 16 de Marzo de 1834, regaló á la milicia urbana de Vitoria la Reina gobernadora Doña María Cristina, la cédula concediendo á la ciudad el sobrenombre de Isabel II con la corona murada y la humilde tableta en que se escribió el nombre de Marcelino de Valle, primer miliciano urbano que murió en España en defensa de su Reina en día tan terrible, y que muriendo, salvó las vidas de sus compañeros de armas, evitándoles una sorpresa. S. M. pre-

mió en el acto á la viuda de Valle ordenando la entrega de cierta cantidad, y á Susaeta, uno de los que asistieron á la corta de los tirantes del coche de Fernando VII en 1808, agraciando á su hijo el ilustrado y virtuoso presbítero D. Martín, con una canongía en la catedral de Albarracín. Por una coincidencia casual las dos gracias dispensadas por la Reina recayeron en dos familias que, en la última guerra civil, militaron en los dos diversos bandos que se abrazaron en los campos de Vergara.

Después de la casa consistorial pasó la real comitiva á la magnífica escuela normal situada en el Campillo por las cuevas de San Francisco y Alhóndiga, y fue recibida por las comisiones provincial y local de instrucción pública, entre el estruendo de los aplausos y la marcha real coreada por los niños, que tocaba la música de la población. SS. MM. y AA. visitaron el establecimiento y presidieron la adjudicación de premios á los niños y á las niñas, en honor del Príncipe de Asturias, el cual se dignó entregarlos por su mano. En la escuela, hicieron los honores á los Reyes, los Sres. Martínez del Campo, Moraza y Lacunza, siendo el primero el que llevó la palabra en los discursos. También pronunciaron dos discursitos alusivos al acto, la niña Ramona de Zabala y el niño J. de Brunt.

Continuaron SS. MM. su paseo al Hospital civil de Santiago, uno de los establecimientos que hacen la apología de la excelente administración vitoriana. Fueron recibidos, acompañados y despedidos por la Junta directiva, profesores, hermanas de Caridad y capellanes, bajo la presidencia del *Semanero* Sr. Sarobe.

Pasaron luego los régios viajeros al convento de la Magdalena ó Brigidas del patronato de este Ilre. ayuntamiento, y después de orar breve rato en la iglesia, entraron en la clausura acompañados del Excmo. é Ilmo. señor Obispo de esta Diócesis, D. Diego Mariano Alguacil.

Desde que SS. MM. salieron de palacio, hasta que entraron á las Brigidas, fueron objeto constante de las aclamaciones del pueblo que los seguía á todas partes y siempre les acompañaron, á pie, en la forma respetuosa y ceremonial que dejamos relatado, las corporaciones de provincia y ciudad con los mozos, heraldos, comparsas, tamboriles, músicas y bandas de maceros, clarineros y atabaleros; pero donde los Reyes recibieron una ovación entusiasta y ardiente, cual jamás se ha tributado á monarca ninguno en Vitoria, fue cuando después de visitar á las religiosas de Santa Brígida, se dirigieron al bellissimo paseo de la *Florida*, allí inmediato, y lo recorrieron á pie. Este paseo fue un verdadero paseo triunfal, indescriptible, pues las diez ó doce mil personas que lo poblaban confundían sus voces en un solo grito, continuado, incesante, para aclamar á la Reina y á toda su Real familia. La noche que comenzaba á tender su manto por la bellissima *Florida* y la ciudad realzaba el encanto de ovación tan espontánea y ardiente, la cual no terminó en el paseo sino que continuó, sin decaer en nada, hasta que S. M. regresó al palacio, llegando al último límite al entrar en la plaza de la diputación y al subir la elegante escalinata del palacio.

Por la noche hubo iluminaciones generales, tamboriles y bailes del país en la plaza de palacio hasta las nueve; y músicas y serenatas después, hasta que se retiró á descansar S. M. que fue aclamada incesantemente, y sobre todo cuando se dignaba presentarse al público en el gran balcón. Las músicas militar y de paisanos alternaron, como la noche anterior, y se cantó un himno de Echevarria, á voces solas, por los niños de las escuelas, y un precioso zorcico en vas-

cuence, del Sr. Elizaga, que gustó tanto que su hubo de repetir cuatro veces para complacer al público.

IV.

Día 14.—S. M. recibió de corte á las primeras horas de la tarde en el gran salón de sesiones de la Junta general, y al comenzar esta ceremonia manifestó á las diputaciones generales de las tres provincias Vascongadas, y mas especialmente á la de Guipúzcoa, cuán sensible le habia sido la triste noticia de haber muerto á los once de aquel mismo día, en San Sebastian, el Sr. D. Ignacio Sabas de Balzola, marqués de Balzola, diputado general en ejercicio de la provincia de Guipúzcoa, y que no se habia separado del lado de su Reina y Señora, desde que ésta pisó el territorio vascongado hasta que aquel cayó enfermo. También nosotros derramamos aquí una lágrima á la buena memoria de tan esclarecido patricio.

Después de las cuatro, y con el mismo acompañamiento que en el día anterior, salió la régia comitiva de palacio, y se dirigió á la casa consistorial, entrando por la plaza Nueva. A la llegada de SS. MM. y AA., así como á su presentación en los balcones municipales, fueron aclamados entusiastamente, y lo propio sucedió durante las danzas que en su obsequio se hicieron, con grande precisión y gusto, por los niños de las comparsas, y mas todavía, cuando tuvieron que abandonar la ciudad por algunas horas para visitar la *Escuela de Agricultura* de esta provincia.

Los cohetes y chupines anunciaron la aproximación de la Real familia á la *Escuela Agrícola*. Recibieronles en la entrada de la carretera la música, los alumnos y los mozos de las cuadrillas, y en el patio jardín, la Junta directiva con las diputaciones generales, padres de provincia, Junta particular, consultores, ayuntamiento, director y capellan.

Hicieron SS. MM. oración en la capilla, y luego se dirigieron al campo de maniobras, hábilmente preparado, pasando por la lindísima exposición de frutos y ganados y marchando á ocupar la magnífica tienda real que, al final de la posesión, después de recorrer una estensa y ancha senda en línea recta adornada con mástiles y banderolas de colores nacionales, se habia levantado.

Comenzaban SS. MM. á examinar la exposición de ganados y productos, cuando una escena animada y curiosa embargó el ánimo de todos plácidamente. El Sr. Cruza presentó, como regalo al Príncipe de Asturias, una yegüita enana de cuatro años, y 33 pulgadas, de buenas formas y perfectamente enjaezada, que era conducida por Tomás de Barcheguren, enano también de 48 pulgadas y 34 años, y un niño hijo de Cruza. Este cuadro en miniatura impresionó á todos, pero mas que á todos al Príncipe Alfonso, el que inmediatamente, con permiso de su augusta madre, montó en su caballita y dió algunos paseos, con tal soltura y tal gracia que todos los concurrentes prorumpieron en vivas y aclamaciones al Príncipe Real.

A una señal del Director de la escuela, todas las máquinas é instrumentos se pusieron en movimiento, ofreciendo el campo de maniobras el golpe de vista mas pintoresco. La Reina, acompañada de sus dos hijos el Príncipe Alfonso y la infanta Isabel, presidía las labores desde la tienda, oyendo al propio tiempo escogidas piezas de música, ejecutadas por la orquesta de bandurrias y guitarras, mientras que el Rey reconocía, mas de cerca con el Director, las máquinas, los aperos y los ganados.

Otras dos escenas campestres pusieron fin á esta agradabilísima visita, que no pudo prolongarse mas, porque la noche se acercaba. Se trajo una vaca que fue ordeñada en el campo mismo y probaron la leche SS. MM.

y AA. y algunos altos dignatarios. El rebaño de ovejas pacía á larga distancia, y por orden de la Reina, el pastor mandó á los perros que trajeran el ganado á los pies mismos de S. M., y así lo verificaron en breves instantes, con tal actividad é instinto, que causaron la admiración de todos.

Así á su llegada, como durante su permanencia y á la despedida, fueron victoreadas repetidas veces SS. MM. y AA., las que regresaron de noche á Vitoria, yendo á apearse á la esbelta glorieta construida en la plaza de Castilla, desde la cual presenciaron los fuegos artificiales, retirándose en seguida á Palacio, entre las aclamaciones mas sinceras.

Durante la comida, á la que asistieron las tres Diputaciones Vascongadas, la Sra. de Egaña, el Sr. Huet, Senador del Reino, el Sr. Urquijo de Irabien, Padre de Provincia, el alcalde de Vitoria, los marqueses de Peñaflorida, y otras personas que no recordamos, tocó, en la galería interior, la orquesta de bandurrias, alternando con las músicas de paisanos y militar que estaban en la plaza del Palacio.

Hubo además iluminaciones generales, tamboriles y bailes á estilo del país, y músicas y serenatas toda la noche, cantándose un wals coreado de Echevarria por doce jóvenes, la marcha Real con letrillas por los niños y niñas de los coros y comparsas, un himno de Echevarria y letra de Resines, un zorcico en castellano, un himno de Nafarrate y otro zorcico en vascuence alavés.

El Sr. Echevarria presentó á S. M. un album musical de estas fiestas, con una elegante portada, dibujo á pluma de nuestro paisano el diestro calígrafo D. Javier Resines. Durante toda la noche estuvo la plazuela del Palacio llena de gente, como en las dos anteriores, y se victoreó á S. M. y Real familia ardientemente. Por las noches se elevaron globos del Sr. Imbert de grande aparato, con inscripciones alegóricas á la Real familia.

En las tres noches que la Reina de España ha pasado en Vitoria, ha sido su Palacio el centro de todas las clases de la población, y desde las damas mas entonadas hasta las mozas mas humildes, y desde los caballeros mas formales y condecorados hasta los chicos mas alegres, han permanecido en la escalinata y plaza de la casa de la diputación, aclamando á los egregios viajeros, oyendo las músicas y serenatas y admirando las iluminaciones.

V.

Aun cuando las infantas María del Pilar, María de la Paz y María Eulalia, no podían tomar, por su edad, participación en los festejos que hemos descrito, han sido objeto de toda clase de atenciones en esta ciudad de Vitoria, donde se les han tributado las debidas consideraciones en los paseos que han dado en el prado y en la Florida, acompañadas del Padre de Provincia Sr. Urquijo de Irabien y del Diputado de Junta particular Sr. Angulo, además de las Sras. Tenientas de aya y azafatas. En uno de estos paseos el inteligente jardinero Zarraga, regaló á las tres infantas tres preciosos ramos de flores que aquellas entregaron á su augusta madre con infantil alegría.

VI.

Las comisiones de provincia y ciudad habian preparado otros muchos festejos que no han podido verificarse por falta de tiempo y recordamos entre ellos los siguientes:

Visita á la cárcel, única en su clase en España.

Visita al Instituto de 2.^a enseñanza y su colegio adjunto.

Visita á la casa de Piedad.

Visitas á monasterios de señoras religiosas.

Visitas á las fábricas y talleres mas importantes.



VISTA DE NUEVA-WESTMINSTER.



IGLESIA DE NUEVA-WESTMINSTER.

Visitas á edificios históricos como la casa en que recibió Adriano VI el nombramiento de Papa, en que habitó D. Alfonso el Sábio y en que estuvieron prisioneros Francisco I de Francia y el capitán de comuneros alaveses, Gonzalo de Varaona.

Visitas á los portales de Arriaga y del Rey en que juraron los fueros Isabel la Católica y Carlos V. Paseo al campo de Arriaga donde el rey Alonso el XI firmó el capitulado de la voluntaria entrega de Alava á la corona de Castilla.

VII.

Día 15.—Son de ocho á nueve de la mañana y sin embargo se nota en Vitoria un movimiento de gentes y una animación inusitados. Cúbrese de hermosas damas los balcones que están adornados vistosamente durante los cuatro días que ha permanecido aquí

la Real familia. Las calles y plazas y los andenes de la estación del ferrocarril son invadidos por la multitud. El presidente del Consejo de ministros, duque de Tetuan, el ministro de Gracia y Justicia, Sr. Calderón Collantes, los altos dignatarios y señoras de la corte, las autoridades todas van llegando al palacio de la Diputación.

Las campanas se echan á vuelo, los cohetes, chupines y cañonazos atruenan el espacio, suena la marcha real tocada por las músicas militar y de paisanos y tamborileros. SS. MM. y AA. aparecen en la escalinata del palacio: el gentío que ocupa la plaza y sus avenidas prorrumpen en vivas y aclamaciones, y en esta forma acompaña á los augustos viajeros hasta la estación, donde son nuevamente aclamados, recibidos y despedidos por las autoridades y el pueblo, entre los acordes ecos de la música de paisanos y los vascos tamboriles. Al pie mismo

de la escalera del tren real, esperan á Sus Magestades el modesto jardinero que cuida de la Florida y su niño, con dos bellísimos ramos de flores que entregan á nuestra Reina y Señora y á la Infanta Isabel, y que acompañarán á la régia familia hasta la Granja como testigos del respetuoso cariño que les han tributado los leales alaveses. Rompe la marcha el tren real y las melodías de las músicas, tamboriles y aclamaciones le siguen por largo trecho.

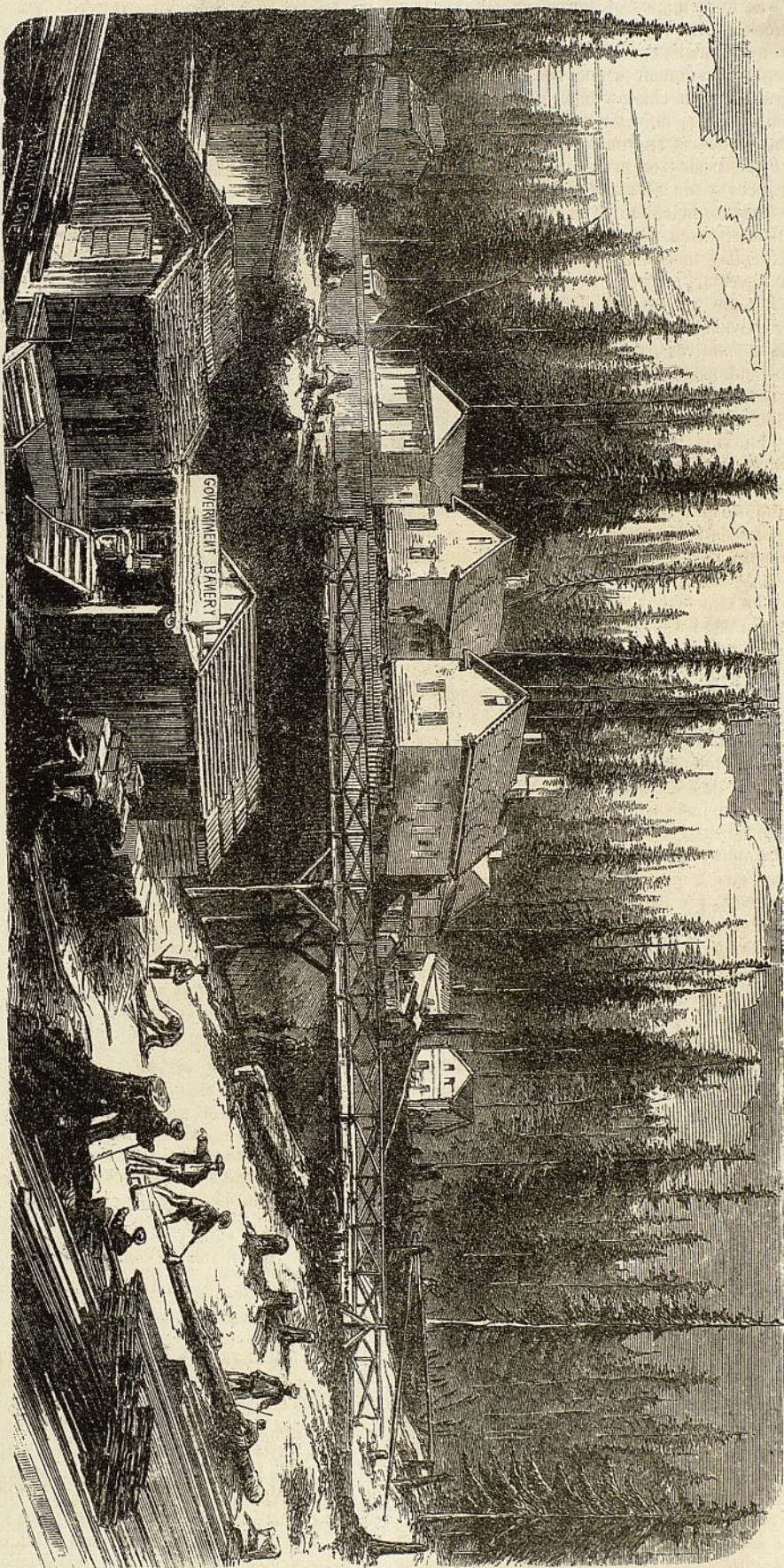
En los pueblos del tránsito hasta el confin de la provincia, se repiten iguales demostraciones de júbilo y de alegría, y es saludado el tren real con entusiasmo.

Despidieron á SS. MM. y AA. en la escalinata de palacio, el Teniente diputado, padres de provincia, Junta particular y consultores; en la estación de Vitoria, el ayuntamiento de esta ciudad y en la de Miranda de Ebro, el Gobernador de Alava y Capitán general y Di-

putaciones generales de las tres provincias hermanas que les acompañaron desde Vitoria, siendo representadas la de Alava por los señores Egaña, Echevarria y Fuertes y Ortiz de Zárate, la de Vizcaya por los Sres. Ur-

NUEVA-WESTMINSTER.

La Nueva Colombia, posesion inglesa en el norte de California, en el Océano Pacífico,



EL RIO FRASER.

quizu, Zabalburu y Ampuero, y la de Guipúzcoa por los Sres. Iriarte, Colmenares é Iriando. SS. MM. manifestaron á estos señores que llevaban un grato recuerdo del viaje al noble solar vascongado y de la lealtad de los hijos de las montañas cantábricas.

RAMÓN ORTIZ DE ZÁRATE.

está sin duda destinada á alcanzar una gran importancia á consecuencia de los criaderos de oro que se han descubierto en grande abundancia.

En 1858 existían en la colonia unos 35,000 mineros, y á consecuencia de la mala administración y de la falta de energía de las

autoridades, solo quedaban 3,000 en 1859; pero entonces la metrópoli, comprendiendo las ventajas que le podía reportar la nueva colonia, se decidió á facilitar todos los elementos necesarios para su desarrollo, entre los cuales se encontraba en primer lugar el establecimiento de una oficina de ensayos necesaria para facilitar las operaciones de los mineros.

En 1860 se comenzó la edificación de una población, llamada Nueva-Westminster, en la embocadura del río Fraser, á los 49° de latitud y 123° de longitud de Greenwich. La calle de Colombia, su principal vía de comunicación, sigue una dirección paralela al Fraser y está elevada de 30 á 40 metros sobre el citado río; en esta calle se encuentran las oficinas de la tesorería y las de ensayo de minerales, que funciona desde Agosto de 1860; en la misma línea se ha construido la iglesia, cuyas vistas publicamos en este número.

Los productos de la colonia, que fueron en 1859 unos 4.000,000 de reales, se elevaron en 1860 á cerca de 5.000,000 y el número de mineros que bajó en la primera fecha á 3,000 subió á 8,000 en 1860.

Además de las vistas que hemos indicado, publicamos también la vista general de Nueva-Westminster.

¡¡ SOMOS MUY GRACIOSOS !!

Hojas de mi cartera.

Pasaron los tiempos en que los hombres gastaban melenas, eran desgraciados, y tristes y ojerosos, escribían dramas de *Tumba y hachero* y novelas subterráneas y patibularias; pasaron los tiempos en que las mugeres enflaquecían leyendo versos maldicientes y novelas de D'Arlincourt, propendían al suicidio, siendo también muy desgraciadas; aquellos tiempos en los que el buen tono no admitía la gordura y en los que era repugnante el color sano del rostro, en los que aun había padres tiranos, y doncellas platónicas, y envenenamientos sublimes, y aires magestuosos!...

Entonces el mundo era un mundo inglés; sino por lo frío, por lo triste, por lo nebuloso, por el espin que á grandes dosis bebía el género humano. Se lloraba mucho, y lo que era mas meritorio, se hacia alarde de llorar en público, careciendo de motivo para ello; la sensibilidad había tomado tal desarrollo, que entonces, por primera vez, se experimentaron ataques de nervios, y se conoció también por entonces la hipocresía del dolor. ¡Cuántos versos llenos de maldiciones con admiraciones á vanguardia y á retaguardia no pintaban al vivo el estado romántico del espíritu! ¡Qué fruición no debería experimentar entonces en hablar con tono quejumbroso, en hacer alarde de no tener creencias, tributando un culto desesperado á la desgracia, mientras cada uno en su casa ó en la de los demás, se entregaba á placeres y devaneos que siempre han gustado á la humanidad, pero que la moda anatematizaba en esa época y que por lo tanto la humanidad de entonces hacia como que los despreciaba!

Pasó esa época de hipocresía, en la que el hombre se avergonzaba de ser feliz y pedía la muerte á voz en grito, haciendo por vivir cuanto podía en secreto; pasó esa época que, como contraste, nos trajo la de hoy; época inversa, época de la farsa y del gran espectáculo, época en que la moda nos obliga á ser felices, como ayer nos obligaba á ser desgraciados, en la que reímos tanto, como llorábamos ayer: ya no tenemos el tono quejumbroso, ni maldecimos nada, ni amamos el suicidio, ni hay padres tiranos, ni doncellas platónicas, ni envenenamientos subli-

mes, ni crímenes magestuosos; ya no escribimos dramas horripilantes, ni novelas á lo Ana Radcliffe; en cambio de todo esto, tenemos el tono chancero y epigramático, reímos de todo y por todo, pasamos la vida entre diversiones, tuteamos á nuestros padres, los hijos son libres, las doncellas materiales y dadas á hacer negocio, no nos gustan los crímenes ni en las tablas; en el teatro escribimos *Por seguir á una muger* y *El oso blanco y el oso negro*, y en las novelas escitamos los sentidos pintando el vicio con colores brillantes, si bien en el último capítulo presentamos algunas veces la moral de la obra. ¡Qué alegres somos y qué divertidos!

En verdad, en verdad que casi no se comprende cómo los hijos de ayer, que eran tan desgraciados, son los padres de hoy, tan contentos, tan satisfechos y tan felices! ¡Qué vueltas dá el mundo!...

¡Qué de bailes, qué de conciertos, qué de soarés, qué de *Tés dancants*, qué de espectáculos teatrales, qué de circo, qué de diversiones tenemos en esta bendita época! ¡Si apenas queda tiempo para divertirse, cómo puede conseguirlo el hombre de hoy!... ¡y no he contado todavía la plaza de toros, las figuras de cera, los cuadros vivos, los prestidigitadores, las comedias de magia y las fábulas políticas; no he contado aun los circo gallísticos, los elefantes amaestrados, las fieras de todas clases que se exhiben al público, los periódicos satíricos, que hacen reír por la módica cantidad de dos cuartos, los espectros luminosos y... ¡quién es capaz de contar los mil y un motivos que hoy tiene la humanidad para divertirse!...

¡Como que no hay tiempo mas que para eso, tenemos tan buen humor, reímos tanto y somos tan graciosos!... sobre todo en esto último no ha habido época que nos aventaje.

Como todo lo tomamos á juego, hablamos siempre de chanza y hemos establecido el juego en todas partes.... hasta en el gobierno representativo que por eso le definimos, *el juego de las instituciones*, que es como si dijéramos, el juego por excelencia, por antonomasia, el primer juego del mundo moderno.

Tenemos mucha gracia, y convencidos de esto, por decir un chiste deshonramos á una muger, ó desacreditamos á un amigo, ó despreciamos á nuestros padres: nada se salva ya de nuestro epigramático buen humor; aborrecemos de corazón todo lo triste, todo lo formal, por eso al teatro vamos á reír, como á todas partes: hoy el que no tiene gracia carece de talento, porque ¿cómo ha de tener ingenio el que no sabe hacer reír?.. Sentando como base esta admirable argumentación, hoy á todo el mundo se concede talento menos.... á los que realmente lo tienen; pues, con este razonamiento ingeniosísimo la moderna sociedad se escusa de reconocer la supremacía del ingenio y se inciensa á sí misma, halagando su soberbia, como si la soberbia no fuese el primero de los siete pecados capitales.

Tampoco nos gusta nada formal, ni en política, ni en el teatro, ni en ninguna parte.

Nada, nada; hoy queremos divertirnos, y por eso dejamos que sea la formalidad de exclusiva competencia de los tribunales: hoy hasta los personajes que ocupan los mas altos destinos de las naciones tienen buen humor; reyes y reinas, príncipes y princesas, gobernantes y gobernantas, diplomáticos y diplomáticas, jóvenes y viejos, todos danzan en las grandes recepciones y se estrechan al compás de la polca íntima, ni mas ni menos, que el mancebo de una tienda de ultramarinos y la ligera modista cortada por el último patron.

Tenemos libertad, igualdad y fraternidad, si no ante la ley, ante la diversion, que ya es en nosotros una costumbre que tiene fuer-

za legal; gozamos de libertad para embriagarnos en un baile público, tenemos igualdad para el pago del billete de entrada, y fraternidad, para estrechar en nuestros brazos á la muger que queramos en el rápido movimiento del vals; pedir mas, fuera pedir inmoralidades.

Si ayer fuimos desgraciados, hoy somos felices, y.... váyase lo uno por lo otro; hoy es muy difícil encontrar un hombre que no tenga buen humor y que no amenize su conversacion con chistes mas ó menos selectos; como estamos muy ilustrados, nada nos hace mella y hemos suprimido las lágrimas; llorar y estar tristes es propio de gente de pocos alcances y de atrasada civilización; y no se nos objete diciendo que esto es un argumento sofisticado, discurremos con lógica, y si no, dígame ¿hay motivo hoy en el mundo para dejar de estar alegres? Suprimida la vida privada, que es donde habia motivos para llorar, viviendo en plena vida pública, que solo ofrece motivos para reír, ¿hay razon lógica para no estar alegres cuando los goces nos asaltan en cuadrilla por todas partes, como disputándose la iniciativa de hacernos felices?

La vida pública es una especie de dios Momo, que continuamente nos regocija, que por reír, se rie, hasta de sí misma; alegre como unas Pascuas, nos arrastra tras el vértigo de sus diversiones y no nos deja tiempo para llorar; hoy ya no debemos decir *Ti-me-is-money*, sino el tiempo es placer, y por lo tanto, hay que aprovecharlo. Además ¿quién pondrá en duda, que las pasiones desordenadas que ayer atacaron á la humanidad, haciéndola desventurada, hoy han perdido ya su vehemencia, y por consiguiente que proporcionen goces y no tormentos? Hoy sacamos partido hasta de las pasiones y las hemos reglamentado hasta el punto de que cada una sea una diversion mas.

Como nos divertimos siempre, aguzamos tanto nuestro ingenio, exprimimos tanto nuestra gracia, que los unos nos desacreditamos á los otros, por hacer pasar un buen rato á los demás; y bajo este punto de vista una reunion es tan agradable como una comedia y como una comedia de gracioso, porque nosotros mismos somos los graciosos de los salones. Somos tan juguetones y traviesos que no hay mas que pedir; nada tomamos en serio, ni lo sagrado y respetable: estamos desengañados y no hacemos caso de nada, nos reímos de la muerte, porque es una cosa formal, pero jugamos con la vida, porque es una cosa de broma.

JACINTO LABAILA.

Á MI SOBRINA EMILIA.

Del año las primaveras
Vienen con brisas y flores,
Y las aves placenteras
En los bosques y praderas
Cantan sus tiernos amores.
Cada día en el oriente
Amanece el alba pura
Con un sol resplandeciente;
Y año tras año en tu frente
Brilla mas dulce hermosura.
Una hermosura tranquila
De embélesos y de calma
Que brota de tu pupila,
Cuando en ella se destila
El vago placer del alma.

Una hermosura que halaga
Y no olvida la memoria;
Que adormece y embriaga:
Lumbre de amores que vaga,
Recuerdo siempre de gloria.
A la par que yo rendido
Por acerbos desengaños,
Que el corazón me han herido,
Lamento el soñar perdido
De mis juveniles años.

Lamento no ver la aurora
Como tú con tintas bellas;
Y que ya no me enamora
La blanca luz tembladora
De la luna y las estrellas.

Lamento no ver del prado
Los pintorescos colores;
Ni sentir el regalado
Trino dulce y encantado
De los pardos ruiseñores.

Ni aspirar los mil aromas
Que las brisas en su anhelo
Recogen de verdes lomas;
Ni ver volar las palomas
En dulce y tranquilo vuelo.

Porque lloro ya perdida
La dicha que un tiempo en calma
Dulcificaba mi vida,
En la ilusión mas sentida
Que puede sentir un alma.

Porque ya en negro quebranto
Tan solo tristes enojos
Destrozan mi pecho, en tanto
Que derramo por los ojos
La amargura de mi llanto.

Escucha, Emilia, y no llores,
Que no entibien mis dolores
Tus placeres infantiles;
Vive soñando entre amores
Tus encantados Abriles.

Sigue y cruza por las sendas
Que te prepare el destino;
Pero nunca tu fe vendas,
Y en la virtud te defiendas
Sin seguir otro camino.

Porque llegará algun día
En que andando paso á paso
Se agoste tu lozanía,
Y anhelarás, vida mía,
Llegar tranquila á tu ocaso.

Por eso con amargura
Dirijo á tí mi doliente
Dulce canto de ternura,
En medio la noche oscura
Con que se adorna mi frente.

Por eso mi amada Emilia,
A Dios suspirando ruego
Que con su amor nos ausilia,
Que solo te abrase el fuego
Del amor de la familia.

Que al elegir los placeres
De la virtud nunca dudes,
Y jamás de rumbo mudes;
Que solo valen mugeres
Que se adornan de virtudes.

Adios mi Emilia, mi encanto,
Sigue en tus verdes alhores
Sin conocer nunca el llanto;
Mientras yo sufro entretanto
Desventuras y rigores.

Que tú eres blanca azucena
Que al soplo del aura crece
Melancólica y serena,
Y yo el lirio que fenece
Sepultado entre la arena.

Adios mi blanca paloma,
Adios y guarda el aroma
De mi triste inspiracion,
Que en ella el cariño asoma
De mi amante corazón.

DÁMASO DELGADO LOPEZ.

UN DRAMA EN ALTA MAR.

NOVELA ORIGINAL

POR

D. SALVADOR MARÍA DE FÁBREGUES.

(Continuacion.)

I.

La partida.

Estamos en el puerto de Southampton y á bordo del *Caradoc*, buque de vapor de gran porte que se halla próximo á salir para Calcuta.

No vamos á entrar en largas descripciones acerca del aspecto que presenta un buque cuando hace sus preparativos de marcha, ni de la fisonomía de la tripulación, ni de otras

muchas cosas que descritas por la pluma de Eugenio Sué habrá pocos que no conozcan. Solo si diremos, que *El Caradoc*, buque perteneciente á la compañía marítima oriental inglesa, era uno de los mejores de su clase que hacían la navegación de la India. El servicio en él, tanto marítimo como de pasajeros, estaba montado con esa regularidad propia de ingleses, todas las operaciones se ejecutaban en él por medio de reglamentos. Servicio de pasajeros, entretenimiento, maniobras y demás, estaba allí sujeto á rigurosas condiciones que impedían el vejamen tan común y al que están sujetos los que hacen una larga travesía en buques de otra nación. Los ingleses, amantes apasionados de todo lo confortable, y hasta ha habido quien les ha atribuido la invención de eso que en el mundo elegante se llama *comfort*, tienen establecidas en todas partes las comodidades que pueden disfrutar con sus esterlinas; de modo, que *El Caradoc* era un verdadero y suntuoso palacio edificado sobre el líquido elemento. A más de los camarotes especiales dispuestos para una sola persona ó para toda una familia, había un elegante comedor, salón de conversacion, de lectura con una regular biblioteca, para música y baile, baño y otras dependencias, todo provisto de lo necesario para su uso, contando además con una numerosa servidumbre de criados y doncellas sujetos á la férula de un mayordomo ó administrador, verdadera autoridad, pues ocupaba el segundo rango en la dotación. Después de estos ligeros detalles pasaremos á dar á conocer á algunos de los principales personajes que han de figurar en esta historia.

Las tres de la tarde serían, cuando un criado, vistiendo una lujosa librea, iba recogiendo los billetes de pasaje que le presentaban los viajeros que llegaban á bordo y los entregaba á un dependiente del administrador, que sentado ante una mesilla provista de recado de escribir, los apuntaba en el libro registro. Los pasajeros que habían entrado eran personas de escasa importancia por su exterior y hasta por la clase de su pasaje; cuando se presentó en la escalera un extraño, como de avanzada de una verdadera escuadrilla de botes que rodeaba un lado del buque.

Un acontecimiento notable había causado una gran sensación á bordo. Al pasar el consignatario la relación de los pasajeros, aparecían tomadas las tres cuartas partes de los camarotes por un príncipe ruso que con numeroso séquito se dirigía á la India. Este personaje que gastaba una suma fabulosa solo en el pasaje, era conocido en todas las cortes de Europa por su prodigalidad y magnificencia. Contábanse de él muchas cosas, y en cuanto á sus riquezas las hacían todos incalculables, si bien el uso filantrópico que hacía de ellas, elevaban á este nuevo Creso á la altura de un semi-dios. Pero lo que contribuía á hacer célebre al príncipe Alejo Wasilioski, era la hermosura sin igual de una hija única de veinte años que le acompañaba en todas sus escursiones, citada como modelo de angelical bondad y tierno corazón. La hija del príncipe Wasilioski era conocida en todas partes con el nombre de *providencia de los desgraciados*, y este solo nombre dice ya bastante cuáles eran sus ocupaciones.

(Se continuará.)

TEMPLO DE AUGUSTO EN TARRAGONA.

Corría el año 727 de Roma, 27 antes de J. C., y el universo todo doblaba sumiso y resignado la rodilla ante el ídolo de los romanos C. Julio César Octaviano, que aquel mismo año recibió del Senado el sobrenombre de

Augusto, título hasta allí solamente concedido á los dioses inmortales. La fortuna había sonreído á Octaviano, y los mas grandes y poderosos imperios del Asia se honraban recibiendo sus mandatos, y las águilas legionarias romanas triunfantes en todas partes, descansaban á la sazón tranquilas no teniendo enemigos que combatir ni dominios que conquistar: sin embargo, las puertas del templo de Jano, largo tiempo abiertas, no se habían cerrado aun, y la paz no era universal. En un extremo del antiguo mundo existía una provincia y en ella un pueblo heroico y bravo, que idólatra de su independencia con las armas en la mano y la frente erguida había rechazado el yugo que quería imponersele; esta provincia era la España, y este pueblo el *Ibero*, cuyo valor y entereza fue por mas de dos siglos el escollo donde se estrellaron los inauditos esfuerzos de los ejércitos romanos, y donde naufragó la reputación de los mas insignes generales de la República. Augusto, interesado en afirmar la paz general, para consagrarse esclusivamente á gobernar y legislar sus estensos dominios, resolvió pasar en persona á España, en donde durante la guerra pompeyana estuvo con su tío Julio César.

Augusto dirigió por sí mismo las primeras operaciones militares contra los Cantabros; mas cansado, en fin, de una lucha interminable, aburrido y enfermo se retiró á Tarragona, capital de la España Citerior, dejando al cargo de sus generales Cayo Antistio y Publio Carisio la continuación de la guerra contra los Vacceos y Astures, embreadados en los fragosos montes de Vizcaya.

Durante la permanencia de Octaviano en Tarragona recibió el octavo consulado con Statilio Tauro, y el noveno con M. Junio Silano (1) y allí mismo llegaron los embajadores de la India y de la Scitia, quienes después de un viaje de cuatro años se presentaron á solicitar su amistad, ofreciéndole objetos de su país de extraordinaria rareza y valor.

Sin duda el sagaz Augusto conoció la índole de los Españoles, mas fáciles de vencer con el cariño que con el rigor; así para conquistar sus ánimos á unos hizo ciudadanos romanos, promoviendo á otros á dignidades, empleos y honores hasta allí solo concedidos á los hijos de Roma; otorgó privilegios y exenciones á muchas villas y ciudades que se declararon sus devotos; abrió muchas vías públicas con objeto de facilitar el contacto de unas comarcas con otras y de esta manera uniformar una nación no solo dividida por su situación geográfica, sino tambien por el diverso origen de sus habitantes; en una palabra, supo cautamente cautivar el amor de los Iberos, de la misma manera que lo había conseguido de los Romanos, y varias poblaciones españolas demostraron ostensiblemente su afectuoso cariño erigiendo monumentos públicos á su memoria, antes y después de su muerte.

Una de las ciudades que mas distinguió Augusto en razón de su permanencia en ella fue Tarragona, por cuyo motivo tambien fue una de las primeras que se apresuraron á patentizarle su devoción erigiéndole una ara, en la que se le ofrecían sacrificios como á una divinidad, con su consentimiento; no contenta, sin embargo, la Colonia de Tarragona de los obsequios que había tributado en vida á su bienhechor, á poco de su muerte solicitó con eficacia del senado romano el permiso para levantar un templo al *Dios Augusto* y á la

Eternidad de Augusto, y esta concesión dió origen á que otras provincias del imperio acudieran sollicitas á impetrar la misma gracia, segun dice Tácito: «Templum ut Colonia Tarraconensi strueretur Augusto petentibus Hispanis permisum; datumque in omnes Provincias exemplum (Ann. L. 77.)» No faltan escritores modernos que han increpado á los Tarraconenses el haber dado el pernicioso ejemplo de tan sacrilega superstición, tanto durante su vida levantándole aras, como después de su muerte erigiéndole un templo y un colegio de Sacerdotes destinados á su culto; sin embargo, haremos observar con relación á lo primero, que mucho antes que en España Roma le había consagrado aras, á deducir de estos versos de Horacio:

«Præsentī tibi maturos largimur honores.
Jurandasque tuum per nomen ponimus aras.»

Y con respecto al templo, el mismo Tácito en otro lugar dice, que durante el quinto consulado de Augusto, con Sexto Apuleyo, en el año 725 de Roma, cuarenta años de su muerte, había dado el consentimiento á los de Pérgamo para poder levantar un templo á su culto y devoción (Ann. L. 37); de manera que no se concibe cómo Augusto, una de las personas de mas talento y claro juicio de su época, cayera en la necia vanidad de permitir que fuese el primer mortal que se le diese culto y pública adoración.

Muchos y extraordinarios debieron ser los beneficios que la Colonia de Tarragona recibió de Augusto, cuando en demostración de agradecimiento no se contentó solamente con erigirle un templo y consagrarle aras, sino que para perpetuar estos solemnes acontecimientos lo fió al bronce, acuñando profusamente medallas en las que se halla la efigie del emperador divinizado con los dictados expresivos *DIVVS AVGVSTVS* ó *DEO AVGVSTO*, y en sus reversos reproducidas dichas aras y Templo con el epígrafe *AETERNITATIS AVGVSTAE*, poniéndolo con esto en la categoría de los dioses inmortales.

La tradición asegura que toda la España Citerior concurrió á la erección de este magnífico templo; y con efecto, su suntuosidad y riqueza no era para ser costeado por una sola ciudad por rica que fuese, y nos admira el inmenso coste que debiera tener, á deducir de los fragmentos que tenemos á la vista y los que se descubren diariamente. La opinión vulgar es que la arquitectura de este templo pertenecía al orden jónico, y este error ha nacido sin duda de la mala conservación de las medallas de Tarraco que vió el P. M. Florez, quien las estampó en sus escritos copiándolas mal y en el indicado orden; por desgracia este error ha sido perpetuado por los eruditos tomando por fragmentos de dicho templo unos hermosos trozos de friso que se conservan en los claustros de la Catedral y en el Museo de Tarragona, en los que hay unos grandes festones de encina sumamente relevados, casi salientes del plano del friso, y entre cada feston, igualmente en pronunciado relieve, se ven varios signos pontificales como el *Bucranio* ó testuz de buey, el *Apex*, el *Aspergilo*, etc., los cuales demuestran que el edificio á que correspondían estos restos era un templo dedicado á una divinidad superior, por lo que no titubeamos en atribuirlos al de Júpiter Capitolino, situado precisamente donde hoy se halla la Catedral, punto en donde fueron encontrados. El templo de Augusto por el contrario pertenecía al orden corintio, y así lo demuestran los capiteles que se distinguen perfectamente en las bien conservadas medallas que poseemos en nuestra colección numismática, y lo evidencian los restos de cornisa y capiteles que se descubren en las excavaciones practicadas en el punto donde fundadamente se conjetura existió aquel suntuoso templo. Algunas personas mas amantes de la

(1) «Octavum et nonum Tarracone iniit.» (Sueton. C. 26). Romey equivoca la fecha, pues dá el octavo consulado á Augusto en 726, y el P. M. Florez, aunque concuerda en la fecha y en los consulados, no en las personas, supuesto que le dá por consocios en el octavo á M. Agripa y en noveno á Statilio Tauro. Véase Florez Esp. Sag. el Tom. 24, pág. 82.

ANTIGUEDADES DE TARRAGONA.



FRAGMENTOS DEL TEMPLO DE AUGUSTO.

antigüedad que inteligentes, queriendo conciliar ambos extremos, piensan que los fragmentos de la Catedral de orden jónico formaban parte de la fachada del edificio, y los otros corintios pertenecían al interior; los que tal imaginan, desconocen absolutamente el sistema de construir de los antiguos.

Según las medallas, el frontispicio de este templo era *octastilo*, esto es, compuesto de ocho columnas de frente, siendo de creer, por la riqueza de los restos y la extensión de terreno que ocupan estas ruinas, que pertenecía al género llamado Pseudo-diptero. Las proporciones de este templo eran colosales á deducir de los fragmentos que hemos visto. Hace poco más de cuatro años, que al abrir los cimientos de una antigua casa que se reedificó, se estrajo del fondo de la zanja un gran trozo de la caña de una de las columnas del citado templo, el cual conservaba toda su circunferencia, con las 24 estrías bien conservadas: cada canalón de estas estrías tenía un palmo casi de abertura y el diámetro de ella media ocho palmos ó sea 1 metro 55 cent., lo que dá aproximadamente 20 metros de altura como mínimo del edificio, suponiendo de conformidad con las medallas que las columnas no llevaban pedestales; calcúlese, pues, la magnificencia y hermosura de este templo, todo de mármol blanco estatua-

rio, y su extraordinario coste, habiéndose trasladado de Italia tan inmenso material: pero todas estas demostraciones serían poco en sentir de los españoles, cuando se trataba de perpetuar dignamente la memoria de un príncipe que había prodigado sus dones á los fieles y valientes iberos como lo atestiguan además de Tarragona las ciudades de Zaragoza, Mérida, Sevilla, Cádiz y otras, espre-sándolo así las medallas en ellas acuñadas.

Para la ejecución de una obra tan excelente y de tan ricos materiales, es de creer que los españoles buscarían artistas distinguidos, y los restos que han llegado á nosotros lo confirman, pudiéndose tomar como verdaderos modelos de escultura arquitectónica, de gusto greco-romano, de un mérito extraordinario, y para formarse una leve idea de ello, copiamos dos fragmentos, en cuyo original los vástagos del acanto están tan separados del plano del friso, que casi pueden considerarse aislados; y las sartas de perlas que corren debajo del ovario del cornisamento se hallan trabajadas con tal primor y delicadeza, que el hilo que las une es igualmente aislado y no más grueso que un bramante ordinario, pareciendo imposible que el mármol permitiera ser tallado con tanta sutileza, lujo de trabajo prolijo é inútil, supuesto que á tan considerable altura debía perderse de vista.

Este templo se hallaba bastante deteriorado en tiempo del emperador Adriano, quien mandó restaurarlo á sus costas durante la temporada que permaneció en Tarragona como dice Sparciano, «Tarracone hyemavit, ubi sumptu suo ædem Augusti restituit.» Igualmente Septimio Severo, cuando aun no era más que Pretor de la España Tarraconense, tuvo un sueño ó vision, según testifica el mismo Sparciano, en que se le ordenaba que restaurase el sobredicho templo que estaba arruinándose: «Tunc ad Hispaniam missus somniavit primo, sibi dici ut Templum Tarraconensi Augusti quod jam labebatur restitueret.» Sin duda alguna á la entrada de los godos en Tarragona á últimos del siglo V lo destruyeron, según sucedió á los demás edificios y monumentos romanos que embellecían la populosa capital de la Citerior.

BUENAVENTURA HERNANDEZ SANAHUJA.

Por todo lo no firmado:
LUIS FABRA Y CAVERO.

PROPIETARIO D. G. F.

Editor responsable: D. Manuel Aluñe.

Imprenta de José Rius, plaza de San Jorge, 3.